

enrique gonzález rojo

penélope

Digámoslo: Penélope no se queda en la casa. No permanece aquí para cuidar la hortaliza. Para lavar la cara sucia de los pepinos, peinar a los elotes, plancharle a las lechugas los puños y los cuellos. No se queda, en la casa, al frente de la escoba que al moverse reparte un infarto en cada uno de los granos de polvo. No teje la calceta de su matar el tiempo. No le zurce a la ropa sus corrientes de frío. No se halla en la cocina todo el día incrustada mirando cómo hierva poco a poco su tedio, probando a qué le sabe su propia servidumbre cuando el dedo le pasa su información al gusto, ordeñándole rayos de sol a las naranjas, tomando de la mano diferentes sabores que van, endomingados, a ornamentar la mesa. No aletea, pelando cebollas y recuerdos, el pañuelo custodio. No lava los pañales. No cuelga en un alambre la exposición completa de todo su fastidio, frustración, amargura

encarnado en manteles, calcetines, calzones "y camisas que lloran lentas lágrimas sucias". No teje una promesa que desteje en la noche como el flujo y reflujo de un oceano de estambre en que está a la deriva su destino acosado por la piel pretendiente. No se entierra en la casa. También sale de viaje. También forja su propia odisea Penélope. No se queda en la casa. Se va haciendo camino. Pisa distintas piedras. Halla flores e insectos que aún no tienen nombre, que escapan a las fauces de todo diccionario. Acumula países, aventuras, crepúsculos. Con su experiencia al hombro va adelante Penélope. Es cierto que en el viaje, me vive en su conciencia como yo me la adentro también en el espíritu: en verdad mi equipaje tiene excedido el peso por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria. Pero nos separamos. Con un mapa distinto cada quien en los dedos. En barcos diferentes que ni una sola gota del mismo mar comparte. Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.